

CAPÍTULO XIV

De la mortificación de Nicolás durante sus enfermedades.—Opónense los religiosos á las penitencias y privaciones de San Nicolás. — Cae enfermo y quiere permanecer fiel á su régimen habitual.— Mándale el P. Provincial que coma carne.— «¿Quiere, por ventura, tu madre que yo pierda mi alma?»—Curación milagrosa.—Rasgo de delicadeza divina.—Origen del panecillo bendito de San Nicolás.—Perdices resucitadas.

La vida del hombre sobre la tierra, ha dicho Job inspirado por el Espíritu Santo, es una guerra continuada. Si algún principio hay claro é incontestable en la religión, es éste. Fácilmente puede comprenderse que la vida interior supone un combate que no promete ventaja alguna, á menos de conseguirla á fuerza de luchas, abnegación y sacrificios. ¿No nos dice San Agustín que la vida del justo no es un triunfo, sino una batalla? ¿No nos ha repetido el Apóstol, después del Sabio, que todo el que quiera vivir santamente en Jesucristo padecerá persecución? Los santos, pues, son hombres débiles, sujetos á tentaciones é

inclinados al mal, sintiendo con frecuencia grandísimas dificultades para la práctica de la virtud. Entre ellos los hay que se han distinguido por su más asombrosa vida, ya ejerciendo la autoridad, ya entregándose á la penitencia, ya dedicados al ministerio apostólico. Estos son aquellos precisamente cuyo corazón ha abrigado más grandes pasiones, pero que han sabido vencerlas más generosamente y servirse de ellas para elevarse á un grado más heroico de virtud y de perfección, mereciendo, por consiguiente, más preciosas recompensas.

Después de la práctica de la caridad, que los unía á Dios y los hacía semejantes á Jesucristo, las tentaciones han sido el crisol en el que, purificados los santos, se han elevado á una eminente santidad. Así vemos algunos de ellos que han pasado diez, quince y aun veinte años de su vida en continuos temores y amarguras y que han salido de sus terribles luchas con el mundo, con el demonio y consigo mismos, más fuertes, más puros y más admirables.

Sucede con frecuencia, como vamos á ver ahora en la vida de Nicolás, que el demonio se sirve de los parientes, de los amigos y de los hermanos para intimidar al alma en el camino de la perfección, acometiéndole con una tentación tan peligrosa como disimulada y sutil, la cual se presenta bajo la apariencia de compasión y de amistoso interés. Los santos sufren entonces doblemente y se elevan hasta el heroísmo en su resistencia, esperando llenos de confianza la mirada misericordiosa de Jesucristo, que en su día y hora determinada ha de venir á traer á su alma la paz, la calma y la serenidad, aplacando la tormenta y haciendo cesar la tentación, que sólo habrá servido para hacer á estos amigos de su corazón más heroicos en la fe, en la mortificación

y en todas las demás virtudes.

Será, pues, para nosotros de grandísimo interés el seguir al Taumaturgo de Tolentino en la lucha que hubo de sostener contra sus hermanos de religión. Estos, dejándose llevar de un sentimiento de tierna compasión hacia él, quisieron en un principio oponerse á sus extremadas penitencias y á sus continuas privaciones. Sin duda que esta tentación fué para Nicolás más difícil de vencer que todas las del demonio. Tratábase, en efecto, para Nicolás de cumplir con la obediencia, de respetar la regla y de no escandalizar á nadie, sin abandonar, sin embargo, el camino en el que el mismo Dios lo empeñaba y sostenía por una protección visible y milagrosa de su divina bondad.

Las mortificaciones excesivas del Santo le ocasionaban con frecuencia graves enfermedades. Tendido entonces sobre su dura y pobre cama, continuaba, sin embargo, firme en negarse á todo alivio y en permanecer fiel á su régimen habitual de pan y agua, á pesar de la fiebre que lo devoraba. De cuando en cuando disminuían sus fuerzas tan sensiblemente, que, temiendo por su vida, reuníanse los religiosos á su alrededor y le suplicaban moderase un poco su extraordinaria penitencia. Muchas veces unió el Prior sus súplicas á las de los religiosos, mas no le fué posible vencer la resistencia de Nicolás. Discurrieron sus amigos algún medio para engañarlo,

mas nada pudieron conseguir.

Una vez, entre otras, enterado Berardo Apillaterra del peligro en que se encontraba su bienaventurado amigo, vino á visitarlo en compañía de un médico, y le dijo con la más tierna compasión: «Padre Nicolás: he aquí un médico: es necesario obedecerle y comer carne; os es absolutamente necesaria para recobrar vuestras fuerzas». Y añadió á estas palabras todas las razones que le parecieron capaces de persuadir y convencer al enfermo. «¡ Ah, qué simple eres!, replicó cariñosamente Nicolás; pues ¿no ves que, si Dios quiere curarme, la misma virtud puede poner en el pan y en las hierbas que en la carne?» (1).

⁽¹⁾ Non credis tu quod Deus habeat tantam vir-

Y como Berardo insistiese, Nicolás, después de haberle repetido algunas veces la misma respuesta, añadió, para librarse de sus importunaciones y demostrarle que no aceptaría ni remedios ni médico: «Mi médico es Jesucristo. ¡En Jesucristo está mi esperanza!... Os suplico que no me volváis á hablar de tal

cosa » (1).

Y, á la verdad, el Cielo parecía aprobar, con sus milagros y apariciones, esta confianza, que, sin eso, hubiera debido ser juzgada por audaz y presuntuosa. En otra ocasión análoga, no pudiendo Berardo conseguir nada de su amigo, se fué secretamente á Treja, donde se hallaba el Provincial, y obtuvo de éste una orden mandando á Nicolás, en virtud de santa obediencia, que comiese carne. No había Berardo confiado su secreto á persona alguna; así, que no pudo menos de conmoverse profundamente cuando, entrando en el cuarto del Santo, oyó que éste le decía sonriendo: «En verdad, Berardo, lo menos crees tú que vas á darme una sorpresa ensenándome la carta del P. Provincial..... Quiero, pues, obedecer: vete á buscarme algo de carne» (2). Todo lleno de gozo Apillaterra, vol-



SAN NICOLÁS

(Tomado de un grabado del siglo XVII.)

tutem in pane, foliis, et aliis sicut in carnibus, qui me liberet sine commestione carnium. Proceso.

(1) Permittas, fili, quia Deus sanabit. Proceso.
(2) Tu credidisti facere magnum factum de lit-

vióse á su casa y mandó á Margarita que le preparase una perdiz, la que fué él inmediatamente á ofrecer al enfermo, diciéndole: «He aquí, Padre queridísimo, he aquí la carne que he podido prepararle; ya está lista: comedla y mejoraréis inmediatamente, como yo es-

pero».

Aceptó Nicolás un pequeño bocado, y, habiéndolo llevado á su boca, dijo á su amigo: «Ahora que ya he obedecido á la orden del P. Provincial, vete y lleva lo restante á alguno de mis enfermos» (1). Así es como él sabía encontrar siempre algún ingenioso ardid con que desarmar á aquellos que querían aliviarle, permaneciendo siempre fiel á su vida de penitencia y de mortificación. La única satisfacción que le concedió á Berardo fué permitirle, en los tres últimos años de su vida, que Margarita le hiciese cocer en agua pura un poco de harina. Llamóse á este manjar tan simple la farineta del P. Nicolás (2). Berardesca, como para cumplir la profecía del Santo, fué, con frecuencia, la encargada de llevarla al convento de Agustinos de Tolentino.

Mas sucedió, en cierta ocasión, que su madre, guiada por un sentimiento de piedad filial y de respetuosa compasión, mezcló con la polenta (1) de Nicolás algún otro condimento, aunque con la precaución de no advertírselo á su hija. El enfermo, con su discernimiento profético, conoció al momento lo que Margarita había hecho. Apenas, pues, Berardesca hubo puesto los pies en su celda, cuando exclamó el Santo: «¿Quiere, por ventura, tu madre que yo pierda mi alma?... Cuarenta y cinco años hace que no he probado la carne. ¡Dios me guarde, pues, de comerla hoy!...» Y mandó á la conmovida niña que llevase aquel alimento á algún otro enfermo del monasterio (2).

En otra ocasión, día de Jueves Santo, hubo de ausentarse el P. Prior de Tolentino, pasando, por tanto, su autoridad al P. Vicario. Este, pues, viendo á Nicolás muy fatigado, aprovechóse de las circunstancias para suplicarle que aumentase un poco su ordinario alimento. Mas él, después de haberlo escuchado, se puso á la vez á rogar al P. Vicario le dejase hacer sus mortificaciones, y estuvo tan elocuente, que, dándose aquél por vencido, permitió al siervo de Dios que obra-

(2) La farineta del P. Nicolás.

Proceso.

teris, quas detulisti a P. Provinciali, quod comedam carnes. Ego volo obedire; invenies mihi de carnibus. Proceso.

⁽¹⁾ Obedivi litteris, o Berarde... et fecit eam portare quibusdam fratribus infirmis, Proceso.

Sopa hecha de harina de maiz.

se conforme á las inspiraciones del Cielo (1).

El P. General de la Orden, Francisco de Monterrubiano, tuvo ocasión de conocer por sí mismo que la conducta de su hijo en San Agustín era toda ajustada á la voluntad de Dios, y que la humildad y mortificación de que daba tantas pruebas eran sumamente agradables al Cielo. Yendo con dirección á Bélgica, pasó por Tolentino y detúvose allí un momento, en ocasión en que Nicolás, abatido y debilitado por una enfermedad, luchaba contra sus hermanos y contra el médico, por no aceptar el comer carne, confiándose

más que esta respuesta, digna del Santo: «¿Por qué, Padre mío, por qué ese empeño de afligirme? ¿No sabéis que, si este miserable cuerpo gusta una sola vez manjares prohibidos, inmediatamente se le antojarán otros?

únicamente á Nuestro Señor, y no á los re-

medios humanos (2). El Prior, P. Angel de

San Víctor, había unido sus instancias á las

de los otros religiosos, y no había obtenido

Os rnego que me dispenséis. Más vale poner un freno á esta carne, que aflojarle las rien-

(1) Anónimo, cap. xxxII, pág. 86, 87.
(2) Ut quid, Prior mi, molestus esse cupis? An ignoras quod corpus hoc, quod ad escam, quam semel gustavit delectandam, etc. *Proceso*. Pedro de Monte Rubiano, cap. III. Anónimo, cap. xxxII, página 86.

das; no vaya á precipitar mi alma en el abismo del pecado para su condenación».

No atreviéndose el P. Angel á tomar sobre sí el oponerse á la resolución del enfermo, y conociendo el peligro inminente á que la fiebre le había reducido, fuése á buscar al Padre General y, explicándole el estado de Nicolás, le suplicó le mandase someterse á las prescripciones del médico. Dirigióse al momento el P. Francisco de Monterrubiano á la celda del religioso, y después de haberle citado gran número de ejemplos, en los cuales los inferiores, mandados por los superiores, les habían obedecido, le mandó, en virtud de santa obediencia, que comiese carne y se sometiese á lo que se le prescribiese para su curación. El bienaventurado enfermo no se negó á ello, y, aunque con gran repugnancia, hizo llamar al P. Prior para decirle que consentía en lo que se pretendía de él, y que iba á obedecer al P. General: «Yo he prometido obediencia á mi Salvador, añadió, á la Santísima Virgen y al bienaventurado P. San Agustín, y yo deseo guardar esta resolución hasta la muerte» (1).

Se le preparó con grande alegría la carne

⁽¹⁾ Hoc est enim quod promissi: hoc Salvatori meo suæque Sanctissimæ Genitrice et Beato Augustino obtuli: hoc est quod usque ad mortem servare concupivi. Petrus de Monte Rubiano, cap. III.

prescrita por el médico. El siervo de Dios, colocado en este tiempo entre la gula y la violación de sus votos, hallábase combatido por dos sentimientos opuestos, sin saber á qué resolverse. Tomando por fin decisión, aceptó un pequeño pedazo de carne, lo gustó y dió por ello las gracias, diciendo al Prior: «He ahí que yo he obedecido; no me queráis, pues, atormentar más sobre el vicio de la gula» (1). El divino Maestro, que tenía atenciones tan delicadas para este hijo de su corazón, quiso demostrar entonces que aprobaba su conducta y bendecía su constancia, curándolo pronta y radicalmente, sin más remedio ni más alimento que el ordinario de pan y agua. Este celestial y poderoso Médico tenía secretos llenos de amor para sostener milagrosamente las fuerzas de aquel que de tal modo se sacrificaba y privaba de todo por agradarle. Sobre la puerta del antiguo refectorio de Tolentino colocaron la siguiente inscripción, que aun se lee en nuestros días: « Por sus ayunos y abstinencias, el divino P. Nicolás ha alimentado de tal suerte su alma con virtudes, que jamás comió carne, ni cosas alimenticias, ni nada que fuese agradable al gusto, contentándose solamente con pan y agua. Mas la divina clemencia, compadecida de la debilidad del bienaventurado viejo, varió muchas veces en este lugar el agua en vino». Sucedió, en efecto, con frecuencia que Nuestro Señor cambió el agua de la pequeña copa, en que se guardaba para bebida de su heroico siervo, en vino

dulcísimo y celeste.

He aquí lo que refiere, á propósito de estos milagros de la delicadeza divina, el historiador Pedro de Bretaña (1): «Habiendo sido convidado un eclesiástico de Urbisaglia por el Prior de Tolentino á comer en el monasterio, pidió como una gracia que lo colocasen en la mesa junto á Nicolás, cuyo espíritu de abstinencia y mortificación había oído muchas veces alabar y admirar. Durante la comida, cuando el bienaventurado, que no comía más que pan, quiso tomar agua, deseó el dicho sacerdote tener el honor de servírsela en su misma taza; mas notó con sorpresa que aquella agua se había cambiado en vino, y el Santo le dijo dulcemente: «Me habéis enga-» ñado ». Lleno de admiración el eclesiástico, supo, sin embargo, guardar silencio, formando la resolución de asegurarse con una segunda experiencia de este cambio milagroso. Habiendo, pues, otro día pedido y obtenido el favor de venir otra vez á comer al mismo

⁽¹⁾ Ecce parui: me amplius de gulæ vitio molestare nolite. Petrus de Monte Rubiano, ibid.

⁽¹⁾ Pedro de Bretaña, pág. 89.

9 100 IO

lado, tomó las más minuciosas precauciones para enterarse bien de la verdad. Presentó de nuevo el agua á Nicolás, y la vió otra vez cambiarse en vino. Convencido de la seguridad del hecho, quiso al instante revelar y publicar el milagro; mas el humilde religioso le suplicó tan encarecida y modestamente que guardase silencio, que consintió el sacerdote en ello, y no volvió á hablar del milagro hasta después de la muerte del Santo. Este sacerdote, testigo afortunado del prodigio, lo atestiguó después en las informaciones que se hicieron por la Sede Apostólica con objeto de conocer todos los milagros del Taumaturgo de Tolentino » (1).

Vamos á referir otro hecho maravilloso, que dió origen á la bendición de los panecillos de San Nicolás, tierna costumbre y piadosa tradición perpetuada en la Orden de San Agustín. El Beato Jordán de Sajonia lo refiere así: «Un cuarto domingo de Cuaresma, hallándose el siervo de Dios tan gravemente enfermo que se desesperaba de su vida, creyéronse los que le rodeaban en la necesidad de emplear para con él los remedios humanos: Nicolás, por su parte, encomendóse á Nuestro Señor, á la Virgen María y á San

Despertó en seguida el Santo, y, sin hablar una palabra de la visión, suplicó al que le servía fuese á pedir un pan, en el nombre de Jesucristo, á la mujer designada por la Santísima Virgen. Luego que lo hubo recibido mandó empaparlo en agua, y, gustando una pequeña parte, al instante mismo abandonó

Agustín, suplicándoles le ayudasen. Apoderóse entonces de él un suave sueño, y he aquí que se le aparece la Madre de Dios, teniendo á su lado al gran Doctor de Hipona. Levantando entonces su vista el enfermo hacia esta visión, exclamó lleno de ternura: «¿Quién sois Vos joh Señora tan hermosa! para venir á mí, que no soy más que polvo y ceniza?-Yo soy, respondió Ella, la Virgen María, Madre de tu Salvador. Acabas de llamarme para que venga en tu socorro con Agustín, que está aquí, á mi lado. Aquí, pues, nos tienes: hemos venido á darte un consejo para que recobres la salud». Y, señalándole con el dedo una casa de la plaza vecina, añadió la Reina del Cielo: «Envía á alguno á esa mujer que, en nombre de mi Hijo, le di un pan fresco para ti. Cuando lo hayas recibido, empápalo en agua y tómatelo: él te devolverá el beneficio de la salud» (1).

⁽¹⁾ Proceso. Depositio D. Conradi in ordine testium CLXXIII.

⁽¹⁾ Beato Jordán de Sajonia. Vitæ Fratrum. San Antonino, cap. xlix, núm. 20.

la cama y se levantó completamente bueno (1). «¡Oh Santísima Virgen, añade el Beato Jordán, indicándole Vos este remedio le habéis dado un verdadero consejo!»

Tal fué el origen admirable de los panecillos de San Nicolás. La Madre de Dios misma fué su Autora, la Iglesia ha reconocido su autenticidad, y un número casi infinito de milagros ha demostrado su origen divino. Según una tradición, conservada en la Orden de San Agustín, San Nicolás mismo comenzó á bendecir los panecillos, sirviéndose de la fórmula común. Más adelante veremos los milagros que Dios ha obrado por su medio. Mas, antes de terminar este capítulo, queremos relatar un último y maravilloso rasgo de San Nicolás, relativo á su constancia en guardar su resolución de ayuno y abstinencia perpetua. Como ya hemos podido notar, los favores de Dios, lejos de hacer variar al bienaventurado su género de vida, no hacían otra cosa que afianzarlo más en él. Los manjares delicados llegaron á causarle tal horror, que respondía al Hermano Agustín, cuando éste se los presentaba: « Vete y lleva eso á quien esté más enfermo que yo».

A pesar de estas negativas persistentes, los religiosos de Tolentino continuaron atormentando dulcemente á su santo Hermano, y llegaron sobre esto á realizarse con frecuencia graciosos prodigios, como el que hemos indicado, y del cual vamos á hacer el relato. La debilidad de Nicolás, juntándose á su edad, le había conducido hasta las puertas del sepulcro, causándole cada día las más graves enfermedades. No sabiendo ya qué hacer el Prior para aliviar y salvar al bienaventurado, resolvió tentar de una vez el último recurso, mostrándose más firme que nunca para dar y sostener la orden formal de hacer al enfermo comer carne; y esto en virtud de santa obediencia. Había entonces en el convento dos perdices, regalo de un bienhechor del convento, las que, cociendo inmediatamente, se las presentaron á Nicolás (1).

Dió éste las gracias á su Superior con todo su corazón, y tal vez con esa alegría íntima y secreta de los santos, que saben que Dios ha de sostenerlos siempre en los momentos difíciles. Bajó la cabeza en señal de sumisión y de reconocimiento, y, tomando un pequeño bocado de carne, la llevó á sus labios. Mas entonces, como si una voz divina lo hubiese

⁽¹⁾ Absque intermedio aliquo, sanitatis plenissimæ recepto beneficio exsurrexit. Petrus de Monte Rubiano. Beato Jordán de Sajonia. San Antonino.

⁽¹⁾ Cum duæ perdices mortuæ fuissent præsentatæ divo Nicolao ut comederet. Proceso.

llamado para comunicarle inefables inspiraciones, levantó de repente al cielo sus ojos y su mano derecha, é hizo después la señal de la cruz sobre las perdices cocidas, y va divididas en varios trozos. Al momento las graciosas aves, cobrando de nuevo el plumaje y volviendo á la vida, salieron en rápido vuelo por el claustro, cantando su libertad, alcanzada milagrosamente (1). Este insigne prodigio fué certificado por Mons. Berard, obispo de Camerino. Todavía se conserva en Tolentino, juntamente con el brazo del Santo, con su cayado y con varias otras reliquias de que hablaremos, el plato en que fueron presentadas las perdices á Nicolás. Todavía existe también la ventana por donde éstas se fueron volando, adornada hoy con un cuadro al fresco, representando el milagro, el cual explica el por qué se coloca comunmente un pájaro al pie de las imágenes del Taumaturgo agustino.

⁽¹⁾ In plura frusta dissectas fuisse, ac deinde per crucis signum novis plumis instructas avolasse. Beato Jordán de Sajonia.





CAPÍTULO XV

San Nicolás en sus luchas con el demonio.—Oración continua de Nicolás.—Rabia del demonio.—Primera batalla.—El demonio penetra en la celda del Santo bajo la forma de un pájaro negro.—Nuevas persecuciones.—Brillante victoria.

Es de notar en la vida de San Nicolás que el demonio procuró siempre perseguirle y aterrorizarle con extraordinario encarnizamiento, como si tuviese razones particulares para aborrecerlo y temerlo. Dios lo permitía sin duda á fin de poner de manifiesto la virtud de nuestro Santo, y hacer brillar á los ojos de todos su constancia heroica y su admirable paciencia.

El piadoso ermitaño era, con preferencia á todo, un hombre de oración. Sabemos, por las palabras aquéllas del Salvador: « Vigilad y orad para que no entréis en tentación », que la oración es la fuente de toda fuerza sobrenatural y el arma de toda espiritual victoria. De aquí que Satanás dirigiese todos sus ataques contra las oraciones continuadas y contra las rigurosas penitencias de nuestro San-